

A través del espejo

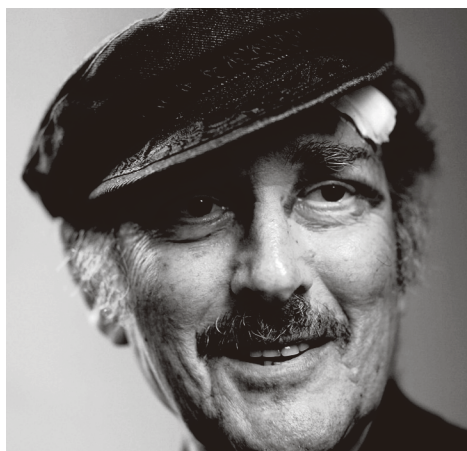
Boceto rápido de Pinter

Hugo Hiriart

Inglaterra es el país del teatro. No sólo por engendrar al más completo y asombroso de los dramaturgos, Shakespeare, como es obvio, sino por cobijar viva hasta hoy la más fina y duradera tradición del arte teatral en todos sus diferentes elementos constituyentes. Por eso no es insólito que una flor tan rara de los escenarios como Harold Pinter se haya dado en Londres y no en otro lugar. Aun así sorprendió a todos con su radicalidad y violencia.

Radicalidad y violencia. Examinemos un poco qué dicen estos dos términos. 1) El arte de Pinter es realista, pero de un realismo tan extremo, tan radical, que tenemos dificultad en reconocer la realidad que se está reflejando. Es una paradoja: tan escrupuloso, tan fiel es el retrato de la realidad que parece irreal. Nos cuesta trabajo identificar por qué entre nosotros y la realidad se alzan algunas convenciones no explícitas, y Pinter no acata ninguna de ellas. Digamos que las obras no tienen argumento bien trabajado ni personajes nítidamente dibujados porque tampoco la realidad los tiene. Un *homeless* de una obra de Pinter que busca refugio en una casa no es manso y agradecido, como podría pensarse, sino racista, exigente y agresivo. Eso en cuanto a los personajes, que son inesperadamente complejos y no convencionales.

En cuanto a los argumentos, aquí conviene remontarnos hasta el padre creador del teatro moderno, Antón Chéjov. Chéjov, puede decirse, encabezó la lucha contra el llamado “teatro bien hecho”, y era éste un teatro en que se producían piezas en las que todos sus aspectos estaban perfectamente calculados: personajes cuadradotes, villanos malísimos, héroes purísimos, todo lo que sucede es razonado, previsto, lógico, explicable, todos los parlamentos, lo que se



Harold Pinter

dice en la obra es articulado, coherente, importante, alto, declamatorio, sonoro y significativo. Chéjov cambió los parlamentos, amaba la banalidad y daba a través de la trivialidad lo significativo. Por ejemplo, al inicio de *El tío Vania* la nana pregunta al doctor Astrov si quiere vodka, Astrov responde “no gracias, no bebo vodka todos los días”; esta declaración oculta que sí, que el doctor está preocupado justamente porque está cayendo en el alcoholismo. Esta forma indirecta de dar las cosas es típica del teatro moderno. Además, Chéjov instituyó la famosa pausa chejoviana, que es, claro, momento de suspensión de todo diálogo (en una “obra bien hecha” este tipo de pausa sería considerada un error). El teatro de Chéjov es, como se ha nombrado, teatro de acción indirecta, Pinter seguía estas tácticas. Elevará la pausa chejoviana, por ejemplo, a algo así como principio estilístico y hará de ella un uso tan frecuente que no faltará quien lo califique de excesivo.

Pinter es un enamorado de la trivialidad, de los diálogos aparentemente banales, pero es una banalidad cargada de signos siniestros que el espectador percibe se esconden algo amenazantes, tal vez la mejor manera

de definir en dos palabras la obra de Pinter, es decir, que ella está hecha de “banalidad ominosa”. Ominosa, amenazante.

2) La obra de Pinter se caracteriza también por su violencia. Esslin juzga que los personajes que pueblan el teatro de Pinter son “gente encendida, gente abrazada por el fuego”. Son gente peligrosa que muerde, lastima, arremete, a veces, mata. Y recordemos que, como dice otra vez Esslin, en el mundo de Pinter todo es lucha violenta, a veces la violencia es meramente verbal, a veces va acompañada de abusos físicos, de acciones, a veces es inclusive violencia homicida. Ahora, la marca de fábrica de Pinter es la mezcla de realismo radical con violencia soterrada o patente.

Pinter nació en 1930 y murió a los setenta y ocho años de cáncer de esófago. De origen portugués y judío, su padre fue sastre y la familia se desarrolló en un barrio bravo de Londres donde lo acosaban los *hooligans* antisemitas, esto es, el joven Pinter vivió en su juventud rodeado de violencia (tenía diez años cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y vivió los abrumadores bombardeos de Londres que se extendieron durante cinco años). La característica más significativa de Pinter es, desde su juventud, la rebeldía. Pinter no es uno de esos ingleses refinados, flemáticos, él no estudió en Oxford ni en Cambridge, su teatro no tiene ni cortesía ni buenas maneras ni erudición libresca alguna, sino está traspasado de vitalidad proletaria, de calle, de barrio bajo, de vida cotidiana sin embellecimientos ni adobos.

En tiempos relativamente recientes, Pinter se inclinó hacia la rebeldía política y sus opiniones se fueron hacia la izquierda. Pinter fue un opositor enconado y vociferante en contra de Bush y de la guerra de Irak. **U**